

LO MILITAR EN LA VIDA Y LA OBRA DE MENÉNDEZ PELAYO *

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA
Coronel de Infantería del Servicio Histórico Militar

Con ocasión del centenario de Menéndez Pelayo en 1956 se trató de extraer el pensamiento militar de sus obras, en el curso de Problemas Militares de la Universidad «Menéndez Pelayo» de Santander, pero sólo tres de los oradores de entonces consiguieron encontrar materia suficiente para alusiones al tema en el apretado contexto de sus conferencias (1). Santiago Galindo apenas proporcionaba un par de citas, poco directas a nuestro interés, pues se refieren más al constante patriotismo que impregna la obra del maestro que a su atención hacia lo militar. Recuerda Galindo Herrero (2) una frase de Menéndez Pelayo que alude al resurgir patriótico en la guerra de la Independencia:

Organismos que parecían muertos y caducos resurgieron con todos los bríos de su juventud y una inmensa explosión de amor patrio, confiada, irresistible, corrió desde las playas de Asturias hasta la isla gaditana.

La otra cita establece una oposición entre aquel resurgir y «el lento suicidio» de los días en que firmaba su *Historia de los Heterodoxos*, allá por 1888, justamente ochenta años después:

De aquella formidable contienda salió ileso el cuerpo de la Patria, porque aún había un alma que la informase y ningún español

* Al escribir Menéndez Pelayo, no «Menéndez y Pelayo», nos atenemos a las definitivas razones que Enrique Sánchez Reyes ofrece en el capítulo II, pág. 30 de su obra *Don Marcelino* dedicado a esta precisión. Allí se nos dice que don Marcelino firmó de ambos modos, que la ley fonética general para los patronímicos terminados en «ez» elude la copulativa para unir con el apellido siguiente, y que seguramente la generalización de Menéndez y Pelayo fue cosa de sus paisanos, muy aficionados siempre a poner conjunciones y preposiciones entre los apellidos, mientras que don Marcelino únicamente lo haría para distinguirse de su padre cuando era necesario.

(1) *Menéndez Pelayo y la Ciencia Militar Española*. Ediciones «Reconquista». Nuncio, 13. Madrid, 1958, 165 págs. (En adelante M.P.C.M.)

(2) SANTIAGO GALINDO HERRERO: «La idea de España: Paradigma de Europa». En M.P.C.M., pág. 53.

dudaba de los destinos inmortales de España. Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan (3).

Juan de Zabala, cuya muerte prematura lamenta hoy el pensamiento militar español, atendía también a estos aspectos de la grandeza valiente y combativa de Menéndez Pelayo, aplicada al patriotismo, cuando nos decía que no era hombre político en ninguno de los sentidos de la palabra, ni en el de la estructuración o gobierno de los pueblos, ni en los problemas de política exterior de su país o del orden internacional. Le presentaba como «un combatiente ardoroso» que no cedió terreno y que incluso atacó fuertemente cuando vio que ideologías extrañas amenazaban lo que él tenía por fundamento cultural de la vida española, especialmente «los principios religiosos, filosóficos y políticos que se contenían en el humanismo clásico español». Apasionado por el tradicionalismo de Menéndez Pelayo, llevaba sus afirmaciones hasta el último extremo: «En la polémica extendida entre Menéndez Pelayo y los krausistas se encontraba el germen de una guerra civil, ¿cómo hemos de pedir que aquel hombre no cumpliera la misión que entonces le correspondía?» Y agrega: «No descartó nunca la idea de que la existencia de un enemigo obstinado pudiera, con sus actitudes, dar lugar a que apareciera el conflicto armado» (4).

En aquella ocasión, el general Jorge Vigón recordaba haber dicho alguna vez que don Marcelino había sentido cierto desdén, o desvío cuando menos, hacia la milicia. Coincidió con una frase de Palacio Atard asegurando que al maestro no le gustaban siquiera las glorias militares, apoyado en su cita: «El brío de España en el siglo XVI no se lo dan las victorias en los campos de batalla, ni el poder, ni la dominación sobre el mundo. Se lo da por el contrario la formidable empresa de cristianizar el Renacimiento y de trasfudir su cultura por el mundo» (5). La precisión habitual del general Vigón, uno de nuestros primeros pensadores militares, de cuya reciente muerte nos resentiremos largamente, hace que atendamos primero al supuesto desdén de Menéndez Pelayo por la milicia.

El supuesto desdén por la milicia

Se ha subrayado una frase del maestro, ya en su madurez, en los últimos años del siglo XIX, comentando en carta a Rodríguez Marín el hecho de que el marqués de Jerez fuese a vender su biblioteca a un extranjero:

(3) MENÉNDEZ PELAYO: *Ensayos de Crítica Filosófica*. Edic. C.S.I.C. Madrid, 1948, pág. 354.

(4) JUAN DE ZAVALA CASTELLA: «La política, la Geopolítica y la Estrategia». En *M.P.C.M.*, págs. 12 y 16.

(5) VICENTE PALACIO ATARD: «El Nacionalismo en Menéndez Pelayo». En *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. LXII, enero-abril de 1956.

Mayor desastre y más irremediable sería éste que los de Cavite y Santiago de Cuba (6).

Su biógrafo, Laín Entralgo, da a la idea una interpretación benévola diciendo que se trata de una frase *ex abundancia calamis* que el maestro no hubiera sido capaz de ratificar, pero que nos revela cómo, «a veces, podía más el erudito español que el español erudito». Era un término valorativo de la cultura, que por otro camino, el opuesto, venía a refrendar el popular dicho de: «más se perdió en Cuba». El mismo biógrafo observa las reservas de don Marcelino ante el germanismo nacionalista naciente por aquellos años, subrayando que el casticista que fue en la juventud, abominaba en sus últimos años del casticismo ajeno:

Nada más opuesto al espíritu humanitario que la ciega, pedantesca y brutal teutomanía que hoy impera y que va haciendo tan odiosa a todo espíritu bien nacido la Alemania moderna. Tan cierto es que el viento de la prosperidad embriaga a las naciones como a los individuos y que no hay peor ambiente para el genio filosófico que la atmósfera de los cuarteles (7).

Del contexto parece deducirse que la atmósfera de los cuarteles, en general, fuese nociva en sí, pero hay que reconocer también que al pie de la letra es exacta la observación del maestro, que no niega la filosofía en los cuarteles, sino el genio filosófico. Su biógrafo comenta: «qué diría don Marcelino si supiese que no era ajeno a los cuarteles el auge nacional de su figura. Ese texto demuestra que uno es hijo de su tiempo tanto como de sus padres» (8). Cuando Vigón en su conferencia de 1956 reconocía haber estado equivocado al señalar algún desdén o desvío de don Marcelino hacia la milicia, explicaba que pudo ser porque le saltara a la vista una alusión a los «resabios de brutalidad de los cuarteles» al hablar de la revolución absolutista del siglo XVIII, o bien porque refiriéndose al conde de Aranda le considerase «avezado al despotismo militar», o porque afirmara de Arriaza que «no picaba en enciclopedista, no porque tuviera las ideas contrarias, sino porque *la ligereza de su índole y educación militar* excluían el grave cuidado de unas y otras». Pero Vigón también encuentra explicación suavizante a tales expresiones, diciéndonos que don Marcelino veía en aquellos sujetos más que al militar que había en uno y otro —un poco accidentalmente por cierto— pontífices o acólitos de la heterodoxia liberal (9). Cosa cierta, sin duda, según veremos luego en relación con la guerra, y aún en cualquier otra alusión a los militares de entonces, como en su carta a Valera del 16 de octubre de 1866, refirién-

(6) *Epistolario de M. P con Francisco Rodríguez Marín*. Imprenta Bermejo. Madrid, 1935, pág. 203.

(7) *Historia de las ideas estéticas en España*, págs. 104-105. (En adelante H.I.E.)

(8) PEDRO LAÍN ENTRALGO: *Menéndez Pelayo*. Edit. Espasa-Calpe. Madrid. Colección Austral, núm. 1.077, 1952, págs. 129 y 157.

(9) General JORGE VIGÓN: «La Ciencia Militar». En *M.P.C.M.*, pág. 82.

dose al pronunciamiento republicano del brigadier Villacampa el mes anterior: «Lo que pueden hacer cuatro soldados borrachos mandados por un bestia» (10). No cabe interpretación malévola que generalice los apelativos a todos los soldados y a todos los mandos.

No he podido encontrar otras expresiones concretas de Menéndez Pelayo adversas para el militar y los cuarteles.

Contra la ferocidad de la guerra

No hay claros anatemas de Menéndez Pelayo contra la guerra en sí, pues lo más concreto que se encuentra es un puro y ferviente deseo de evitarla, pero nunca se ve en él el clásico alegato o imprecación pacifista, la paradójica diatriba de decir «guerra a la guerra». Hay en cambio una condenación concreta más que de la guerra civil en sí, de la brutalidad y ferocidad con que se llevó a cabo en España en repetidas ocasiones, sin que en sus juicios distinga demasiado a los carlistas de sus adversarios.

En su juventud, Menéndez Pelayo tuvo relación con los carlistas y luego fue diputado conservador, pero no participó de las ideas de unos ni de otros. De los carlistas dijo que se constituyeron en defensores de los peores abusos del régimen antiguo, en su degeneración y postrimerías; de los conservadores, que habían cometido el irresponsable pecado de no llegar a españolizarse jamás, de gobernar con absoluto desconocimiento de la historia patria (11). De las guerras civiles españolas del siglo XIX subraya su ferocidad cada vez que alude a ellas. En sus *Comentarios a las adiciones a nuestro siglo*, de von Leixner, decía:

A la muerte de Fernando VII se encontraron frente a frente los dos irreconciliables partidos que con sus odios habían ensangrantado la era anterior.

Aquella horrible contienda entre la España vieja y la nueva... la guerra adquirió un carácter cada vez más intenso y feroz, sin cuartel ni misericordia; verdadera guerra de bárbaros que son escándalo de la Europa culta, prosiguió hasta el convenio ajustado por lord Elliot (12).

Y destaca también la crueldad de los caudillos carlistas, sin que se observe una equiparación con la de los liberales:

Zumalacárregui penetró en Villafranca del Arga, fusilando inhumanamente a sus defensores.

(10) *Epistolario de M. P. con Juan Valera* (2.^a ed.). Espasa-Calpe. Madrid, 1946. Carta del 16 de octubre de 1866.

(11) ANGEL HERRERA ORIA: «Ideas políticas de Menéndez Pelayo». En *Estudios sobre Menéndez Pelayo*. Editora Nacional. Madrid, 1956, pág. 404.

(12) *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, t. VII, págs. 155, 248 y 249. (En adelante C.H.L.)

Mina fue herido y estuvo a punto de caer prisionero en Larramear... y se vengó ferocísimamente asolando y quemando el pueblo de Lecároz, como en otro tiempo había hecho con el de Castellfullit.

El general carlista Maroto... dio comienzo a sus planes pasando por las armas en Estella, el 19 de febrero de 1839, a los seis jefes carlistas que podían oponerse a la combinación cuyos hilos iba tejiendo (13).

El Empecinado entró en Cáceres acuchillando hasta a los niños; en un solo día fusiló el coronel González a 300 prisioneros que bajo el seguro de su palabra se la habían rendido (14).

Cabrera, guerrillero audaz y despiadado. Los bárbaros que inmolaron a su madre le lanzaron a feroces represalias que dieron un carácter singular de salvajismo a la guerra en aquellas provincias de Aragón y Valencia.

Cabrera derrotaba completamente a Pardiñas, haciendo sangrienta hecatombe con los prisioneros (15).

En la *Historia de los Heterodoxos* hacía un inventario de las guerras del siglo XIX, y aunque culpaba de ellas al liberalismo no eximía a los carlistas:

La guerra de la Independencia, dos o tres guerras civiles, varias revoluciones, una porción de reacciones, motines y pronunciamientos de menor cuantía, el furor impío y suicida con que el liberalismo se ha empeñado en hacer tabla rasa de la antigua España, bastan y sobran para explicar la confusión y desorden de que adolecía nuestra vida intelectual del siglo XIX sin que por eso dejemos de imputar a los tradicionalistas su parte de culpa.

Y desde entonces (1834) la guerra civil creció en intensidad y fue guerra como de tribus salvajes lanzadas al campo en las primitivas edades de la historia, guerra de exterminio y asolamiento, de degüello y represalias feroces, que duró siete años, que ha levantado después la cabeza otras dos veces, y quizá no la postrera... por la instintiva reacción del sentimiento católico brutalmente escarnecido y por la generosa repugnancia a mezclarse con la turba en que se infamaron los degolladores de los frailes y los jueces de los degolladores, los robadores y los incendiarios de las iglesias, y los vendedores y los compradores de sus bienes.

Hay varios párrafos donde Menéndez Pelayo subraya más que la crueldad que la guerra en sí, los excesos criminales a que se entregan las tropas indisciplinadas en motines y revoluciones:

(13) C.H.L., págs. 250-255.

(14) *Historia de los heterodoxos españoles*. Edición de 1910, t. VI, págs. 113-117. (En adelante H.H.E.)

(15) C.H.L., págs. 250-255.

En 1823 la anarquía militar y populachera más feroz se entronizó por todos los ámbitos de la Península, verdadero presidio suelto en aquellos días. Atroces fueron las represalias, pero ¿a quién toca la primera culpa? ¿Quién puede tirar la primera piedra?

Quienes hablan del terroz de 1827 y de las comisiones militares y de la época de Chaperón, sin duda han perdido la memoria de las infinitas atrocidades de los tres años, no reveladas por los enemigos del rey constitucional (16).

Pero las notas de Menéndez Pelayo sobre los crímenes a consecuencia de la indisciplina le brotan a cada paso. En su comentario al año 1839 vuelve a decir:

Indisciplinados algunos Cuerpos del Ejército del Norte habían cometido en Miranda de Ebro y algunos otros lugares sangrientos excesos (17).

Una última cita es mirando al cielo para apartar la vista de tanta ferocidad, cuando dice que Balmes y Donoso «hicieron volver los ojos a lo alto a los que se despedazaban como fieras» (18). Su invocación, generalizada a todas las guerras por todas las causas, parece única en el texto de aquella historia de los heterodoxos y no la encontramos repetida en ningún otro texto de Menéndez Pelayo:

¡Ojalá no se derramase ni se hubiese derramado nunca una gota de sangre por causa de religión ni por otra alguna! (19).

Es curioso que a punto y seguido de esta exclamación cristiana considera el maestro necesario restringir en cierto modo la idea a la guerra misma o a la violencia revolucionaria, justificando la pena de muerte, por si alguien pensara que quadaba incluida en la sangre contra la que clamaba: «pero esto no implica que la pena de muerte deje de ser legítima y haya sido y aún sea necesaria». Curiosa apostilla a la frase que refleja la actitud de Menéndez Pelayo ante la guerra, claramente definida en un deseo, sin excesos de tendencia pacifista.

Sobre las guerras de España

No pueden aplicarse en favor del Ejército contemporáneo de Menéndez Pelayo aquellas brillantes frases suyas que aludían a un concepto nacional católico en el que los ejércitos de España eran como brazos de la expansión cristiana, a la que los españoles estaban llamados por in-

(16) H.H.E., edic. 1910, t. VI, págs. 113-117.

(17) C.H.L., t. VII, págs. 253-255.

(18) H.H.E., edic. 1910, t. I, pág. 19, y t. VI, págs. 227 y 404.

(19) H.H.E., t. I, pág. 241.

excutable designio providencial. No vale, pues, para aplicarse a nuestro estudio, ni para afianzarlo, su famosa expresión de ser España una nación de *teólogos armados*, ni aquella otra, repetida mil veces: «nunca desde el tiempo de Judas Macabeo hubo un pueblo que con tanta razón pudiera creerse escogido para ser la espada y el brazo de Dios» (20).

También parece ocioso señalar el pensamiento patriótico de Menéndez Pelayo, pues llena todas las páginas históricas de su obra. De él decía Ramiro de Maeztu que todas sus virtudes no llegaron nunca a alcanzar autonomía respecto a la virtud de la fidelidad patriótica y fueron las armas poderosas de que se servía para defender su patriotismo, su culto a los muertos: «Esta virtud de la fidelidad patriótica es tan absoluta que ha de imponerse incondicionalmente» (21). Y cuando defendía la fama bien ganada de muchos afrancesados, hacía la advertencia de que: «no conviene alargar mucho la indulgencia y caer en laxitudes perjudiciales cuando se trata de tan feo crimen como la infidelidad a la patria» (22).

Llegó a establecerse cierta polémica sobre si Menéndez Pelayo rehuía o no el tema militar y sobre si era un radical enemigo de la guerra, sin distinción alguna, como trataban de pintarle algunos en el primer centenario de su nacimiento. Salió al paso de ello briosamente Juan de Zabala recordando conceptos irrefutables de don Marcelino:

Este imperio español, realizado materialmente en el siglo XVI hasta donde alcanzó el temple del brazo puesto al servicio de la voluntad más enérgica y unánime de que ningún pueblo ha sido capaz (23).

El general Vigón oponía a las circunstanciales censuras de Menéndez Pelayo, el entusiasmo que despiertan en él las glorias de Lepanto y la emoción con que evoca a los «soldados incomparables» de Flandes, idea que Zabala cerraba reproduciendo el famoso párrafo imperial en que el polígrafo montañés alaba juntamente la gloria de España y los brazos que la consiguieron:

Por condiciones singulares de su historia hubo de ser la España de los siglos XVI y XVII un pueblo de teólogos armados, que por el dogma de la libertad humana y de la responsabilidad moral... fue a sembrar huesos de caballeros y de mártires en las provincias del Albis, en las dunas de Flandes y en los escollos de Inglaterra. ¡Sacrificio inútil —se dirá—, empresa vana! Y no lo fue, con todo eso; porque si los cincuenta primeros años del siglo XVI fueron de conquista para la reforma, los otros cincuenta, gracias a España, lo fue-

(20) H.H.E., libro IV, págs. 398-400.

(21) Cif. GALINDO, en M.P.C.M., pág. 61.

(22) H.H.E., edic. 1910, libro VI, pág. 25.

(23) Cif. FLORENTINO PÉREZ EMBID: *Textos sobre España*. Edit. Rialp. Biblioteca del Pensamiento Actual. Madrid, 1955, pág. 200.

ron de retroceso... Que nunca fue estéril el sacrificio por una causa justa y bien sabían los antiguos dacios, al ofrecer su cabeza a los dioses infernales antes de entrar en batalla, que su sangre iba a ser semilla de victoria para su pueblo (24).

Eso en lo que se refiere a las guerras imperiales de España, tan discutidas luego por lo que tienen de guerras de religión y de expansión. En cuanto a las guerras civiles, cuyos últimos brotes alcanzó en su infancia, anota Zabala que, aún no siendo carlista don Marcelino, y censurando todo lo que en los excesos y manifestaciones crueles pudiera haber de censurable, hizo una lógica defensa de aquél levantamiento sobre los avances revolucionarios y concedió a los soldados de la tradición todo lo que él, desde sus puntos de vista podía concederles, pese a la reprobación que ya hemos anotado de la inhumana conducta con los prisioneros que demostraron Zumalacárregui y Cabrera, equiparándose en sus represalias a la crueldad del enemigo, según lo cual, Menéndez Pelayo ofrece, en lo que a nosotros toca, una respuesta indirecta y contundente a la crítica pregunta sobre si está sana la masa de nuestro pueblo:

Los esfuerzos de nuestras guerras civiles no prueban falta de virilidad en la raza (25).

Pero había algo más que ese reconocimiento de la hombría española por todo mérito. En un texto de Menéndez Pelayo hay un objetivo reconocimiento de que los carlistas tenían todos los elementos necesarios para la victoria. Comprende que, militarmente hablando, debieran haber vencido:

Queda reservada a más docta y severa pluma —cuando el tiempo vaya aclarando la razón de muchos sucesos...— explicarnos por qué, en medio de aquel tumulto cantonal no triunfaron las huestes carlistas con venirseles el triunfo tan a las manos (26).

A propósito de ellos encontramos el único elogio decidido de uno de los generales de aquella contienda, Zumalacárregui, valorado en su pura apreciación militar, aparte de la objeción que ya hizo sobre su crueldad:

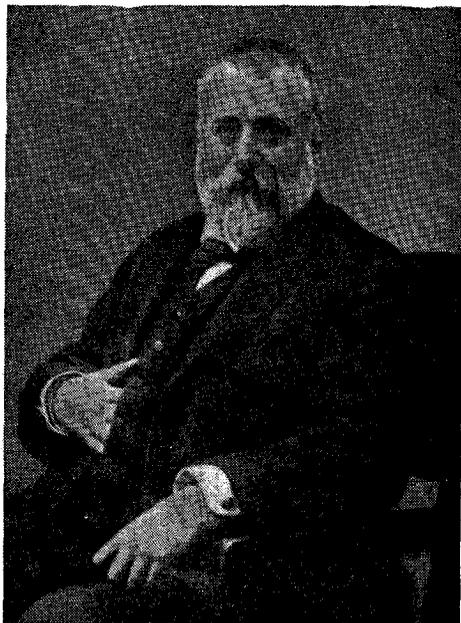
Apareció como por encanto un genio organizador que convirtió aquellas masas sin educación militar ni disciplina, en verdadera y formidable ejército, que dominando el territorio de las provincias vascas, puso a pique de ruina el trono de la reina. Tal fue la obra de Zumalacárregui (27).

(24) H.H.E., edic. 1910, libro VI, págs. 398-400, y C.H.L., t. III, págs. 113-115, recogido por Pérez Embid en *ob. cit.*

(25) Cif. ZABALA, M.P.C.M., pág. 17.

(26) H.H.E., libro VI, págs. 443-445.

(27) C.H.L., vol VII, págs. 248-249.



1. Menéndez Pelayo a los quince años, estudiante en Barcelona.—2. A los veintidós años, recién ganada la cátedra. (Grabado de Bartolomé Maura.)—3. A los cuarenta y dos años, director de la Biblioteca Nacional. (Oleo de Luis Menéndez Pidal y grabado de Lemus.)—4. Uno de los últimos retratos de Menéndez Pelayo, por Kaulak.



*El general honorífico de Artillería, don Eduardo Oliver Copons y Fernández Villamil. (Ocho de González Manso que sus familiares entregaron en 1935 al que hoy es Museo del Ejército, de donde pasó pronto a la Academia de Artillería y hoy se encuentra en el Alcázar de Segovia.)
(Foto Fernando Peñalosa Segovia.)*

Aún podemos traer aquí referencias menendezpelayinas relativas a la guerra de Marruecos, ante la que se muestra con la misma objetividad y sano espíritu, ante los hechos militares irremediabres, que en cualquier otra etapa histórica de España, con la particularidad de que este último criterio, esta actitud mental y sentimental manifiestan que su espíritu ante lo militar se mantiene invariable, desde los veinte años en que escribió *La Ciencia Española*, hasta el último de su vida al que corresponden sus ideas finales. El 2 de noviembre de 1893 aludía así a los disturbios de Sidi Aguariach de la guerra de Melilla, en una carta a don Juan Valera:

Aquí en Madrid no se habla más que de Melilla. Hay entusiasmo sincero en la gente, aparte del ficticio que promueven los periódicos y creo que este ramalazo ha venido a tiempo para despertar la energía del espíritu nacional (28).

Hay otra alusión concreta en una conferencia del coronel Oliver Copons, cuyo texto merece citarse ampliamente por ser la única relación intensa que consta del polígrafo montañés con un jefe del Ejército. Don Eduardo de Oliver Copons refiere así una parte de su conversación con don Marcelino, ya enfermo, en mayo de 1911, un año antes de su muerte:

El problema de Marruecos lo consideraba de colosal importancia para España y creía que no había otro factor para resolverlo más que el Ejército. Y por no molestar con exceso vuestra benévola atención, suprimo otras muchas consideraciones que hizo sobre este particular...

Lástima que esa delicadeza para con la posible fatiga de sus oyentes nos haya privado del resto de las consideraciones, que en ningún otro lugar pueden hallarse en tal fecha, aunque lo dicho es sustancioso y suficiente para conocer la idea general de Menéndez Pelayo sobre la guerra de Marruecos, en tiempo tan avanzado como a los tres años del desgraciado episodio del Barranco del Lobo. La conferencia de Oliver Copons terminaba con una frase también esencial para el concepto de la guerra y del Ejército en la mente de Menéndez Pelayo:

Patriota de corazón, era antes que nada español y soñaba con un nuevo reverdecimiento de nuestra influencia y nuestros triunfos guerreros, con futuras glorias que devolvieran a nuestro escudo todos los prestigios oscurecidos, todos los blasones destrozados por glacial indiferencia (29).

(28) *Epistolario con Juan Valera*. Carta de 2 de noviembre de 1893.

(29) EDUARDO OLIVER COPÓNS: *Recuerdos de Menéndez Pelayo*. Conferencia en el Ateneo de Vitoria el 31 de marzo de 1913. Editada en Vitoria, 1913. Imp. Hijos de Egaña, 24 páginas.

Con ello queda suficientemente concreto el pensamiento militar de Menéndez Pelayo, concentrado en el tema de la guerra, el más polémico y discutido dentro del concepto general de Patria y milicia donde era más fácil encontrar aceptaciones y aún loas que no comprometiesen en el conflictivo tema del pacifismo que algunos han querido atribuir a Menéndez y Pelayo.

Sobre el Ejército y los militares

Es útil recoger un par de breves citas en las que don Marcelino alude a la Dictadura, curiosamente una de ellas en pro y la otra en contra. En una carta a su hermano, Enrique Menéndez y Pelayo, decía el 6 de octubre de 1909 refiriéndose a quienes censuraban a Maura por no haber disuelto las Cortes:

Para mí el desacierto estuvo en abrirlas, cuando lo que convenía era prolongar la dictadura unos cuantos meses hasta que las cosas entrasen en su quicio (30).

Tiene importancia tal proposición de prolongar la dictadura en quien nueve años antes generalizaba sobre ella con un tono francamente negativo. En la *Historia de los Heterodoxos* había escrito así:

Esa interminable tela de acciones y reacciones, de anarquias y dictaduras, que llenan la torpe y miserable Historia de España en el siglo XIX (31).

Al llegar a este punto podría argüirse que a través de sus obras Menéndez Pelayo adopta distintos puntos de vista sobre el Ejército del siglo XIX, lo cual es cierto e inevitable, según mire a la necesidad de su acción o a las consecuencias de ella, más aún, si se atiende a las implicaciones políticas de aquellas que se llamaron «luchas fratricidas» del siglo.

Entrando en la visión sobre los personajes militares de su tiempo que Menéndez y Pelayo nos ofrecen sus obras, habría que empezar destacando que ya a los veinte años hubo de aplicarse don Marcelino al estudio de los tratadistas militares que habría de incluir en su obra *La Ciencia Española*, en la que cita numerosos tratados de fortificación, artillería y arte militar en todas sus ramas de los siglos XVI y XVII, que «en su mayor parte obtuvieron la honra de ser traducidos a extrañas lenguas». Ya hay en eso mismo una admiración al militar profesional y a la ciencia en que se ocupa, pero encontramos también el mismo espíritu de seria consideración a los hombres de armas en una cuarteta que el polígrafo montañés escribiría

(30) Carta de M. P. a su hermano el 6 de octubre de 1909. En *Epistolario con Enrique Menéndez Pelayo*. Edic. del C.S.I.C. y Sociedad «Menéndez Pelayo». Madrid, 1934.

(31) *H.H.E.*, libro VI, pág. 90.

en cualquier circunstancia apresurada y que, a falta de calidad, equipara serenamente el trabajo de la espada con el de la pluma:

*De la vida en el vaivén
el trabajo es ley forzada;
se trabaja con la espada
y con la pluma también (32).*

Con ello podemos examinar una muestra de los militares tratados por Menéndez Pelayo. Jorge Vigón subrayaba en su conferencia los elogios que hace del coronel Verdugo y del «perínclito don Bernardino de Mendoza», la admiración que se le va tras «la brusquedad militar y honrada de don Lope de Figueroa» o el respeto con que recuerda, ya en su mismo siglo a don Ramón María Narváez:

Carácter firme e indomable, varón digno de otros tiempos, tal, en suma, que hizo respetar el nombre español en tierras extranjeras (33).

Tras esta serenidad con la que objetivamente admira Menéndez Pelayo al buen militar, podemos examinar ahora como va detectando en la historia contemporánea suya los desvíos políticos nefastos de muchas individualidades (34) y, más aún de su agrupación en peligrosas sectas. Por ejemplo, la espiritista. En su *Historia de los Heterodoxos*, nos dice don Marcelino que el espiritismo tuvo sus grandes puntales en los artilleros, los albeítas o médicos comparativos y en los maestros de escuela normal. Insiste luego al describirnos que la secta congrega en torno de las mesas giratorias a muy sesudos ministros del Tribunal de Cuentas y a generales y ministros de la guerra. Luego va señalando el cenáculo espiritista de Sevilla dirigido por el general Primo de Rivera; el de Cartagena por el general Caballero de Rodas; nos presenta al famoso coronel de artillería don Baldomero Villegas, autor de varios estudios sobre el Quijote, que, siendo aún oficial, publicó en 1872: *Un hecho: La magia y el espiritismo*, con 150 páginas en octava y nos dice también que el artillero Na-

(32) MENÉNDEZ PELAYO: *Poesías*. Edic. del C.S.I.C. Madrid, 1955 (vol. LXII de las *Obras Completas*).

(33) Cif. VIGÓN, en *M.P.C.M.*, pág. 82.

(34) Aunque se trata más bien de un militar eventual, merece señalarse el caso del último ejecutado por causa de religión, que fue el maestro Cayetano Ripoll, que había sido oficial de la Milicia Nacional, y se le ahorcó en Valencia el 31 de junio de 1826 «por hereje contumaz», muriendo impenitente. (*H.H.E.*, edición de la B.A.C., Madrid, 1956, t. II, págs. 865-866.)

También ilustra, en cuanto a este tema, otra cita de Menéndez Pelayo en que alude a un capitán general: «No hay hecho que más afrente a nuestra historia contemporánea que el degüello de los frailes de Madrid el 17 de julio de 1834. El Gobierno, desprestigiado y falto de fuerza moral, nada hizo o nada pudo hacer para impedir aquel nefando crimen; y al capitán general de Madrid hasta se le acusó de tácita connivencia con los amotinados.

varrete, prosista y poeta de fácil e ingeniosa prosa y ligeros e ingeniosos versos, autor de *Crónicas de Caza y Acuarelas de la Campaña de Africa*, había escrito, sin embargo, un libro de teología espiritista: *La fe del siglo XX*, obra gemela de *Tierra y cielo*, de Juan Reynaud (35). Eso como muestra del espiritismo, que la masonería merece estudio aparte.

Los militares en la masonería

En *La Historia de los Heterodoxos* se contienen amplias páginas sobre la masonería y sorprende al lector encontrar logias fundadas por militares y nutridas abundantemente de ellos. Eso que Menéndez Pelayo no apura su estudio por invencible repugnancia personal, según dice:

La historia de la masonería en España no será yo ciertamente quien la escriba, porque me infunde repugnancia estética no vencible. Otro complete esta historia que a mí me ataca los nervios. Otros vivan entre tinieblas, yo prefiero la luz, serena y clara (36).

Pese a ello, Menéndez Pelayo escribió mucho sobre la masonería desde sus primeras noticias, cuando el padre Rábago, confesor de Fernando VII le decía en un memorial que no era cosa de bagatela sino de grandísima importancia, aconsejándole que publicase un edicto *vedando, so graves penas, tales reuniones, y destituyendo de sus empleos a todo militar o isarino que en ellas se hubiese alistado* y tratándolos como reos de la fe por vía inquisitorial. Aclaraba luego que la mayor parte de los masones eran gente noble, muchos de ellos militares. El Rey atendió a estas razones y el 2 de febrero de 1751 expidió en Aranjuez un decreto «contra la invención de los francmasones» encargando especial vigilancia a los capitanes generales, gobernadores de plazas, jefes militares e intendentes de Ejército y Armada.

Más adelante nos informa Menéndez Pelayo de que la Constitución y toda la obra de las Cortes de Cádiz cayó sin resistencia y puede decirse que fue *nonata*. Para sostenerla no tenía más que a sus autores, a los empleados del gobierno constitucional en Cádiz, *a los militares afiliados a las logias*, a una parte de la aristocracia y a un escaso pelotón de clérigos jansenista (37). A mediados de 1816 vino a ser jefe de la reorganizada masonería española el capitán general de Granada, conde de Montijo, el famoso «tío Pedro» del motín de Aranjuez. Los oficiales prisioneros en la guerra de la Independencia (Riego, San Miguel, etc.) habían vuelto de Francia catequizados en su mayor número por las sociedades secretas y comenzaron a extender su red por todas las plazas militares de la Pen-

(35) H.H.E., edic. de la B.A.C., Madrid, 1956, t. II, págs. 1175-1176 y 1178-1179.

(36) H.H.E., edic. de la B.A.C., t. II, notas a las págs. 443 y 446.

(37) H.H.E., íd. págs. 449-450.

ínsula. Se conspiraba públicamente no sólo en Granada, sino en Cádiz, en Barcelona, en La Coruña y en Madrid mismo. Así lo explica Menéndez Pelayo, casi a la letra, en distintos párrafos de su historia.

Aún en los principios del siglo hay ya suficientes militares identificados por el historiador en las logias, una de ellas fundada por Van Halen, el famoso aventurero que, pasándose del ejército francés al nuestro, logró con extraños ardidés que en 1814 recobráramos las plazas de Lérida, Monzón y Mequinenza. Estableció la logia en su casa de Murcia, junto al cuartel del regimiento y pertenecían a ella Torrijos, Romero Alpuente y López Pinto, cuyo nombre de guerra era *Numancia*, «todos de ruidosa más que honrosa nombradía en años posteriores». La logia tuvo importancia regional, puesto que de los oficiales de las guarniciones de Cartagena y Alicante apenas había uno que no se entendiese con el centro murciano, que tuvo parte muy señalada en la intentona de Lacy en 1817.

Por entonces las sectas secretas debían serlo poco, pues Menéndez y Pelayo asegura que «los del gremio conspirador» andaban tan imprudentes y descubiertos, que costó poco trabajo sorprender, a los pocos meses, la logia de Madrid, aunque toma de Alcalá Galiano la noticia de no ser ésta la de los más importantes por la calidad de las personas: «gente ardorosa, pero de poco nombre o corto influjo», que casi toda logró ponerse a salvo, menos Van Halen, que había venido desde Murcia a dirigir el movimiento. Conocía don Marcelino sus memorias, que eran muy novelescas, en las que detallaba su prisión, tormento y fuga de los calabozos de la Inquisición, con buena fantasía, porque hubo proceso, pero no tormento. El 25 de septiembre de 1814 fueron presos en Madrid 16 sospechosos de pertenecer a las logias, entre ellos el general Alava, ayudante de lord Wellington.

Según Menéndez Pelayo, la logia de Cádiz fue la más activa, numerosa y rica, autora y principal promotora de la insurrección de las tropas destinadas a América en 1816. Nunca llegó a ser sorprendida, eso que sus trabajos eran casi de notoriedad pública, tanto como su entendimiento con el conde de La Bisbal, a quien imprudentemente seguía teniendo el gobierno al frente de las tropas acantonadas en la Isla, aún después de haber inequívocas muestras «de su procedencia dolosa y de su movedizo carácter». La logia de Cádiz relajó la disciplina en el Ejército destinado a América, introduciendo una sociedad en cada regimiento, «halagó todas las malas pasiones de codicia, ambición y miedo que pueden hervir en muchedumbre militares, prometió en abundancia grados y honores, además de la infame seguridad que les daría el no pasar a combatir al nuevo mundo». Así, pese a la indiferencia con que el pueblo vio pasar a Riego desde Algeciras a Córdoba, sin que un solo hombre se le uniese en el camino, estalló y triunfó el grito revolucionario en Cabezas de San Juan, entronizando de nuevo aquel extraño código, ni solicitado ni entendido. El texto es íntegro de Menéndez Pelayo, quien califica el hecho de «motín militar vergonzoso» que vino a dar el triunfo, aunque no rápido, a los revolucionarios. Para reforzar su juicio apela al de Alcalá Galiano desde otro

punto de vista, diciendo que cuando iba a empezar 1819, «a los soldados, y aún a los oficiales, repugnaba atravesar el mar para ir a aportar a tierra ingrata y enemiga, donde repetidos ejemplos acreditaban que había que recoger escasa gloria y aún más corto provecho... Había una sociedad de la clase común o inferior en Cádiz, componiéndola militares y paisanos. Formóse además una sociedad en cada regimiento» (38).

En otro lugar afirma Menéndez Pelayo que fueron las sociedades secretas quienes instigaron los brutales excesos de la guerra de 1823, que califica de crímenes (39).

La influencia masónica en la sublevación de Riego sirve de puente en la *Historia de los Heterodoxos* para estudiar la masonería militar hispano-americana. Recoge Menéndez Pelayo del escritor americano Roa Bárcena, que la masonería fue llevada a América por la oficialidad de las tropas expedicionarias españolas que fueron a sofocar la insurrección y que hasta 1920 apenas contó entre sus adictos con ningún mejicano, siendo todos sus miembros españoles y del rito escocés. Por su propia cuenta considera don Marcelino que la emancipación se hubiera retrasado muchos años sin la desmoralización producida a nuestro Ejército por el espíritu revolucionario y sin la connivencia, cuando no el franco y decidido apoyo, de los liberales españoles. Los diputados americanos conspiraban en Cádiz, a ojos vistas, alquilando sus servicios a aquel de los dos bandos del Congreso que por de pronto les ofrecía mayores seguridades de triunfo. Al principio les convenía el disimulo y la cautela: derrotados Hidalgo y Morelos, preso «el singular aventurero Miranda, antiguo terrorista y antiguo amante de Catalina de Rusia», alguno, como el sobrino de Mina, llegó a tomar las armas por los americanos en 1816 y murió pelando contra su patria. Otros, sin llegar a tanto, se dejaron comprar por el oro de los insurrectos o se aterraron con la perspectiva del viaje y de la inhospitalaria acogida, y tuvieron por más cómodo salvar a la patria con el grito regenerador de Las Cabezas.

Los pocos militares que pasaron a Méjico llevaron allí el plantel de las logias, como para acelerar la emancipación. Dicen que el mismo virrey las protegía y que la primera se estableció en la capital en 1817 ó 1818 con el título de «Arquitectura moral». El desarme de las milicias realistas en 1824 fue elaborado en las logias de rito escocés, que se extendieron por nueva España como red inmensa (40). Pero luego, las logias de este antiguo rito fueron quedando desiertas desde el nombramiento del presidente Victoria y se anularon en 1828 con la derrota de su gran maestre el general Bravo que, por cuenta de ellas, se había pronunciado en Tulacingo y que fue derrotado por el general Guerrero, gran maestre de las logias del rito de York.

Tras una fugaz resurrección de la masonería del rito escocés, el pronunciamiento de Veracruz en 1835, acaudillado por Santana y Gómez Fa-

(38) Hasta aquí, *id.*, *id.*, págs. 853-857.

(39) *H.H.E.*, edic. de 1910, libro VI, pág. 117.

(40) *H.H.E.*, edic. de la B.A.C., t. II, págs. 899-900.

rías, volvió a dar el triunfo a los yorkinos y los principales escoceses fueron expulsados del país, dándose rienda suelta al más desatado radicalismo antiespañol y anticlesiástico. Menéndez Pelayo recoge una noticia del doctor Mora donde dice que «de grado o por fuerza sometieron a todos los poderes públicos a la acción e influjo de asociaciones no reconocidas por las leyes», y señala la necesidad imperiosa en que les pusieron de reconocerlos como centro único y exclusivo de la autoridad pública. Los poderes supremos, el clero y la milicia, fueron todos sometidos al imperio de uno y otro de estos partidos. Sobre la base de este testimonio de Mora, concluye Menéndez y Pelayo que toda la posterior historia de Méjico, sellada con la sangre de Maximiliano, está contenida en estas premisas (41).

Con ello, la historia de la masonería militar vuelve a España. Menéndez Pelayo observa que en 1869 la francmasonería ya no es sociedad secreta, sino pública y triunfadora, y se exhibía en ostentosos alardes, nuevos en España, cuales fueron el entierro masónico del brigadier don Amable Escalante, presidido por el ministro de Marina, y el del infante don Enrique, muerto en duelo por el duque de Montpensier. El 26 de abril de aquel año se celebró en las cortes la llamada «sesión de las blasfemias», en la que el ministro de Marina, Topete, se levantó indignado a protestar de ellas en nombre de diecisiete millones de españoles (42).

Ya nada podía extrañar en la *Historia de los Heterodoxos*, ni siquiera que en 1872 algún capitán general de Cuba quisiera ejercer «atribuciones de Pontífice en el territorio de su mando». Menéndez Pelayo no exagera su asombro y deja en extrañeza la pregunta: «¿Cuándo se ha visto confiado el vicariato apostólico a militares ni a legos?» (43). En 1873 el Ejército indisciplinado y beodo en Barcelona, profanaba los templos «con horribles orgías», que ahora sí levantaban una indignada exclamación a Menéndez Pelayo: «¡Impunes los nefandos bailes en las iglesias de Barcelona, invadidas por los voluntarios de la libertad, no sin connivencia de altos jefes militares...!» Y termina la enumeración sólo a título de muestra: los insurrectos de Cartagena enarbolaban bandera turca y comenzaban a ejercer la piratería por los puertos indefensos del Mediterráneo, mientras que en las provincias del Norte, el general Novillas prohibía el toque de campanas (44). En el recuento de militares masónicos o de influencias de la masonería en el Ejército, se han ido mezclando a veces las actuaciones concretas con los secretos movimientos que las inspiraban. En la segunda edi-

(41) Id., *íd.*, págs. 902-903.

(42) Id., *íd.*, págs. 1123-1125.

(43) Id., *íd.*, págs. 1134-1135.

(44) Aún podemos añadir un caso que no por ser opuesta la actuación militar deja de concordar en el fondo con el tema general. Dice Menéndez Pelayo: «En 1873 el comandante de Marina de Cádiz tuvo que protestar contra el derribo de las dos gallardas columnas de mármol italiano —coronadas por las efigies de los santos patronos de Cádiz, Germán y Servando—, las cuales, de tiempo inmemorial, servían de baliza a los prácticos del puerto.» (*H.H.E.*, edic. B.A.C., t. II, págs. 1136-1137)

ción de los *Heterodoxos*, su autor alcanza el tiempo suficiente para poder afirmar: «la masonería ha tenido acción eficazísima en la guerra separatista de Cuba» y resume «fue ésta (la desmembración de nuestro poderoso imperio colonial), la mayor hazaña de aquellas filantrópicas asociaciones» (45).

La espada de Menéndez y Pelayo

Se repite con mucha frecuencia el dato de que Menéndez Pelayo tenía veinte años cuando empezó a escribir *La ciencia española* y nadie ha señalado su servicio militar; dejemos pendiente tal averiguación, que puede dar alguna luz interesante a nuestro tema. Pero son frecuentes en él las metáforas militares, incluso referidas a sí mismo. He aquí una de ellas:

He escrito en medio de la contradicción y de la lucha, no de otro modo que los obreros de Jerusalén levantaban las paredes del templo, con la espada en una mano y el martillo en la otra, defendiéndose de los comarcanos que sin cesar les embestían. Dura ley es, pero inevitable en toda España, que todo el que escriba conforme al dictado de su conciencia ha de pasar por ello, aunque en el fondo abomine como yo, este horrible tumulto y vuelva los ojos, como yo, a aquellos serenos tiempos de la antigua sabiduría contados por Lucrecio (46).

Saliendo al paso de quien dijo que Menéndez Pelayo no sentía la menor admiración por las glorias militares españolas, aseguraba Juan de Zabala que don Marcelino no descartó nunca la idea de que la existencia de un enemigo obstinado pudiera, con sus aptitudes, dar lugar a que apareciese el conflicto armado, es decir, la guerra, y en otro lugar completaba la idea con aquella sugerencia a la que aludíamos al principio cuando el mismo Zabala decía: «la polémica extendida entre Menéndez y Pelayo y los krausistas encerraba el germen de una guerra civil».

Tal era el espíritu militar de Menéndez Pelayo, nos quedan por averiguar sus relaciones personales con militares, que sólo en testimonios directos son aún posibles y tal vez nos den importantes luces. Del epistolario inédito de Menéndez Pelayo, cuya publicación ya se prepara, ha conseguido conocer catorce cartas firmadas por seis de los sesenta escritores militares que consideré posibles corresponsales de don Marcelino; importante hallazgo por los nombres y los temas (47). Estoy seguro de que al publicarse el epistolario aparecerán otros corresponsales, insospechados a

(45) *H.H.E.*, edic. de la B.A.C., t. II, págs. 1135-1138. Sobre este tema de los militares en la masonería pueden verse las páginas 48-50 de 2.ª edición de la obra de Busquets: *El militar de carrera en España*

(46) Párrafo final del Epílogo a los *Heterodoxos*.

(47) Agradezco vivamente a la Sociedad Menéndez Pelayo y en especial al secretario de la Biblioteca, don Victoriano Punzano, la colaboración prestada para este valioso hallazgo de correspondencia y sus facilidades para utilizarla, cuando aún es inédita.

la hora de formar mi lista indagatoria. En tres de las cartas encontradas destaca un interés del maestro montañés por la bibliografía militar, que supera los recelos opuestos de Ramiro de Maeztu en cita que yo subrayaba (48), por las mismas fechas en que recibía estos datos epistolares de Santander. Maeztu nos decía en 1932 que a Menéndez Pelayo no le interesaron los talentos militares:

El espíritu puede dedicarse a la defensa militar de un pueblo. No cabe duda de que a la guerra se han dedicado muchos de los talentos más altos de la Humanidad; otros se han consagrado a la medicina o a las ciencias naturales... Nada de esto le ha interesado a Menéndez Pelayo, sino secundariamente y para demostrar que también España ha producido talentos militares, económicos o científicos. Pero lo que le interesaba totalmente era la teología, la filosofía, el arte y la historia, es decir, el espíritu creador de más espíritu.

De las catorce cartas, cuya copia tengo a la vista, hay por lo menos dos que sugieren lo contrario. El buen orden cronológico hará no citarlas seguidas, aunque una de ellas, la más antigua, es la primera de las tres del artillero don Luís Vidart y Schuch (1833-1897), que la escribió el 30 de junio de 1879, cuando sería comandante, pues se retiró de teniente coronel. Aludía allí Vidart precisamente a las comisiones de escritores militares que Maeztu subrayó en *La Ciencia Española* de don Marcelino, la cual tuvo su primera edición en 14 de abril de 1876 y la tercera el 28 de abril de 1887. Era una curiosa carta a don Marcelino, acompañada de un ejemplar de su libro *La pluma y la espada*, que terminaba diciendo: «Voy a verle personalmente, pero le llevo esta carta por si no estuviere V. en casa.» Le llamaba «mi querido amigo» y motivaba su visita y su entrega del libro la posibilidad de completar la bibliografía militar del maestro con la que él aportaba, proponiéndole incluir la ciencia militar entre las morales y políticas. Le advertía que otros trabajos propios publicados podrían servirle de materiales para escribir una historia de la literatura militar española:

Llevo a V. un ejemplar de La pluma y la espada, pues siendo tan completísimas las noticias bibliográficas en su obra sobre la crítica española, sólo en bibliografía militar es donde, según mi parecer, aún puede V. añadir algo importante a lo que ya escribió en la primera edición.

En la carta final del libro hago reseña de mis trabajos publicados y que pueden servir de materiales para escribir una historia de la literatura militar española. Me alegraría que esté V. de acuerdo con lo que digo en la carta, e incluyese V. la ciencia militar en el grupo de las morales y políticas.

Voy a verle a V. personalmente, pero le llevo esta carta por si no estuviere V. en casa.

(48) VICENTE MARRERO: *Obras de Ramiro de Maeztu*, pág. 125.

Las otras dos cartas, de 12 de abril y 11 de mayo de 1892, se refieren a su pretensión de cubrir la vacante de académico de la Historia que, tres días antes de la primera, había dejado el señor Oliver y no tienen más novedad que en la despedida de la tercera al «suyo afectísimo amigo», añade «y sincero admirador», y en la segunda, «y correligionario en muchas cosas, aunque no en todas». Entonces no debía haber escrito aún Vidart su *Bibliografía militar de España en el siglo XIX*, ni sus *Estudios de Historia militar de España*.

Don Cesáreo Fernández Duro (1830-1908) era un ilustre marino, que escribió a Menéndez Pelayo cartas de trámite: el 7 de mayo de 1855, sometiéndolo a su aprobación el informe que leerá en la Real Academia de la Historia «mañana viernes» y el 14 de enero de 1900 le comunicaba, como secretario de la Academia, que el director le había nombrado con él y con el señor Saavedra para formar el tribunal que dictaminaría sobre la única obra presentada al premio «Duque de Lombard».

Don Adolfo Carrasco (1830-1906) era general de artillería, autor de la *Bibliografía artillera de España*, director del *Memorial de Artillería* desde «años ha», y en él había editado la mayor parte de las publicaciones que el 3 de noviembre del 98 enviaba a don Marcelino, a quien hacía tiempo que deseaba darle a conocer sus «insignificantes producciones» por la amable acogida que habían dado a sus «atrevidas pretensiones».

En la correspondencia de don Francisco Barado (1853-1922) está la carta más extensa y expresiva de este pequeño epistolario militar de Menéndez Pelayo. Fue don Francisco Barado uno de los más destacados historiadores militares. Estudiaba Filosofía y Letras en Barcelona cuando le reclamó el reclutamiento forzoso de Castelar en 1873 y se retiró en 1813 siendo comandante de Infantería. Sus obras son famosas en la literatura militar española; de constante consulta por los estudiosos: *La elocuencia militar* (1878); *La guerra y la civilización* (1879); *Museo militar* (1882-1886), que pese a su título es una documentadísima historia militar con multitud de documentos y grabados; *Literatura militar española* (1890); *La vida militar en España* (1888-1889), y *Nuestros soldados* (1909).

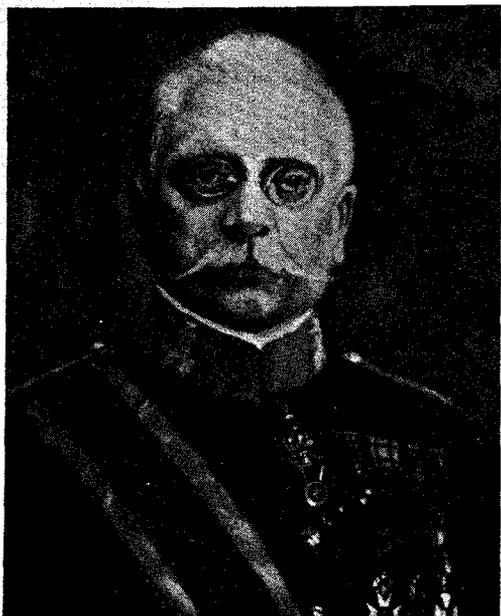
Cuatro son las cartas de Barado a Menéndez Pelayo, desde el 2 de mayo de 1906 al 6 de diciembre de 1908. En la primera le agradece su recuerdo y para «corresponder a su atención» le promete ir a verle «mañana mismo, por poco que pueda». Tiene interés el encabezamiento y la despedida, a falta de otros pormenores y del antecedente a que el texto se refiere, pues la dirige a «mi respetable señor y maestro» y se despide militarmente: «aprovecho esta ocasión para ponerme a sus órdenes, muy atento seguro servidor y admirador». Como se ve es una primera relación entre estos correspondientes, en la que Barado mantiene la distancia y el respeto debidos al maestro. La segunda carta es del 7 de mayo de 1890 y da, por supuesto, que don Luis Vidart habrá entregado a don Marcelino



Luis Vidart y Schuch, teniente coronel de Artillería y académico de la Historia. (Foto Archivo Espasa Calpe.) Cesáreo Fernández Duro, capitán de Navío y académico de la Historia.



Adolfo Carrasco y Saiz, general de División, procedente de Artillería, académico de la Historia. Francisco Barado y Font, comandante de Infantería y académico de la Historia. (Foto Archivo Espasa Calpe.)



Joaquín de la Llave García, general de Ingenieros. (Oleo de Antonio Torres-Pardo y Asas, en la Academia de Burgos, copia del que se quemó en la de Guadalajara.) José Ibáñez Marín, teniente coronel de Infantería.



José Gámez de Arteche y Moro, mariscal de Campo, procedente de Artillería y Estado Mayor y académico de la Historia. Carlos Polavieja y del Castillo, capitán general y académico de la Historia.

la *Literatura militar española* que acaba de publicar y que el autor ofrece como «modesto trabajo que si algo acredita es mi buena voluntad»; la envía «menos como novedad literaria que como testimonio de la admiración que V. me inspira». Pero la carta más extensa es la tercera, de 14 de octubre de 1906. En ella ha aumentado la cordialidad y se dirige a «mi respetable amigo y querido maestro», en un delicado juego de intimidad frenada con cada adjetivo, lo mismo que la despedida, otra vez con matiz militar: «mande y ordene a éste su atento amigo y admirador ferviente». El texto tiene un gran valor para el posible biógrafo de don Francisco Barado, que se muestra en un estado anímico crítico en su vida:

Hace algunos días quería escribir a V., pero tal cúmulo de horrores y desgracias han pasado por mí, que ni aliento tengo para coger la pluma. Hace cinco meses perdí a una hija casada en la flor de su vida; hará cosa de un mes a su esposo, dejándome un nietecito de tres años; luego la señora que me servía desde hace años perdió la razón y murió desastrosamente. Yo enfermo de dolor y aterrado por el cuadro que tuve que presenciar no tengo ánimo si no es para llorar tal vez tanta desgracia. Por estas razones y creyendo que la labor que V. me confió sufriría gran demora, si es que yo podía realizarla, pues el médico me aconseja que no me ocupe en trabajo alguno intelectual, he creído conveniente el escribir a V. y exponerle mi situación, bien triste por cierto, pues me encuentro con la casa abandonada y yo sin los cuidados solícitos que mi salud requiere.

Es de suponer que Barado mejoró de situación y de salud, pues vivió aún dieciséis años más; seguramente encontró pronto otra sirvienta que le cuidase. Lo importante es que algo le había encargado Menéndez Pelayo, de lo que no hay más referencias directas, pues en la carta sólo amplía «la distinción de que me hizo objeto». Puede suponerse a qué se refería, pues sugiere luego a don Marcelino que «salvo el parecer autorizado de V.» podría encargarse de la tarea el coronel de Ingenieros don Joaquín de la Llave, «persona muy perita en bibliografía militar y que goza de gran reputación como hombre de ciencia», creyendo Barado que aceptaría gustoso el encargo. Sin duda la materia de él era bibliografía militar y su destino, muy posiblemente, estaba en mejorar una nueva edición de *La ciencia española* o algún tratado de bibliografía que Menéndez Pelayo no llegó a terminar en los seis años que le quedaban de vida. La carta de 6 de diciembre de 1908 no añade luz alguna, pues Barado se limita a explicar que un inopinado y perentorio asunto de familia le obliga a salir para Barcelona, no pudiendo pasar a ver a don Marcelino como pensaba. Le trata ya, más directamente, de «mi estimado maestro y amigo» y como «seguro servidor y amigo», se despide también.

De don José Ibáñez Marín (1862-1909) se conserva una sola carta a Menéndez Pelayo, fechada el 17 de enero de 1909, con membrete de jefe del Batallón de Cazadores de Figueras. Ibáñez era un ilustre escritor mi-

litar desde que publicó *La educación militar* (1899); *Estudios militares y políticos* (1900); *Homenaje al general Gómez de Arceche*, su amigo y maestro; *La campaña de Prusia* (1906), su obra cumbre, premiada en el Ejército e iniciación de otra muy extensa y completa sobre el tema; por último, la *Bibliografía de la guerra de la Independencia* (1908), obra de centenario muy apreciada siempre por los investigadores. Además había fundado la *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. Por aquellas fechas de la carta debió ascender a teniente coronel y fue a mandar el Batallón de Cazadores de Figueras, donde empezó a poner en práctica sus ideas sobre lo que debía ser un jefe de Cuerpo, pero murió heroicamente en el combate de Los Lavaderos, en Melilla, el 23 de julio de aquel año.

Siete meses antes escribía Ibáñez Marín a su «amigo y maestro» agradeciéndole las expresiones de su afectuosa carta, que debía ser extensa, sobre su *Bibliografía de la guerra de la Independencia*. Ello le daba pie para satisfacer el interés de don Marcelino explicándole que sus apuntes iban a encabezar un estudio sobre la *Acción militar del Emperador en España*, pero sus muchos cargos le hacían aplazar ese trabajo «por lo menos en algunos meses» y anticipaba la bibliografía. Decía con satisfacción:

Poseo copias de la mayor parte de cuanto hay inédito de aquel breve tiempo en que Napoleón estuvo por acá, además, muy recientemente las publicaciones de Omán, Balagny, la correspondencia de Lafo..., lo que se ha publicado sobre... y acerca de los alemanes que vinieron a pelear contra el Titán, todo está pidiendo muchas y sedudas monografías que sean como el complemento del trabajo fundamental de Arte... (Militar de Napoleón en España).

Engolfado en su tema informaba a su corresponsal de los «tesoros inagotables» de nuestros archivos: todos los legajos de la Central; la parte económica en Alcalá; lo muchísimo de Segovia; bastante de lo de Sevilla; mucho ignorado en las casas linajudas; lo reservado de Palacio, «de primera calidad y que apenas si se ha espigado, salvo lo hecho por el benemérito Pérez de Guzmán». En lo que sigue hay cierto sentido de iniciativa propia:

Todo ello, Sr. Dn. Marcelino, está pidiendo un trabajo diligente, de hondo surco, de largo tiempo.

Algo haré yo en cuanto pueda, porque poseo verdaderos caudales de documentación inédita, con lo cual habrá que cambiar bastantes ideas relacionadas con nuestro poder militar, punto esencial de mis tareas.

Y como secuela del estudio ético de aquellos hombres y de los sucesos de la epopeya, saldrá el análisis de la razón y de la eficacia de la intervención del Ejército en la política, durante el tráfago constituyente. Estudios necesarios y convenientes, porque ellos explican mil anomalías de nuestra acción militar, dentro y fuera, durante el siglo XIX.

Debía ser todo espontáneo, según parece al releer el texto y sobre todo atendiendo a la despedida: «perdone esta confesión que arranca su bondadosa carta, a quien es muy suyo devotísimo y seguro servidor». El drama de Melilla, con la muerte del teniente coronel Ibáñez Marín al frente de sus tropas, cuando acababa de incorporarse a la campaña —pero tan querido de sus soldados que uno a uno desfilaron ante su cadáver, muchos con lágrimas—, nos hizo perder estas importantes obras prometidas, con tan exuberante documentación, que al escribir a don Marcelino se le escapaba por los puntos de la pluma el orgullo de poseerla.

Dos cartas más, son de don Luis Gómez de Arteche, magistrado de la Audiencia Territorial de Valladolid. Aluden menos de lo que quisiéramos a la relación entre don Marcelino y su padre, el general José Gómez de Arteche (1821-1906), famoso autor, entre tantas obras, de la *Historia de la guerra de la Independencia*, de la *Historia militar de España* (1800-1814), de *Un soldado español de veinte siglos* y de *Nieblas de la Historia Patria*. Su hijo Luis escribía a Menéndez Pelayo agradeciéndole que se le hubiera propuesto para correspondiente de la Real Academia de la Historia. Casi por accidente, nos da una referencia de la alusión que sin duda hizo don Marcelino al general Arteche al comunicar a su hijo quiénes propusieron el nombramiento:

Y ahora que sé que es V. uno de aquéllos, y una de las personas a quien mi buen padre apreciaba más en esa docta Corporación, me felicito sobremanera de haber sido objeto de su benevolencia...

La carta del 14 de diciembre de 1911 se refiere más directamente al general Gómez de Arteche. Habían nombrado a Menéndez Pelayo presidente de una junta que informase al Gobierno de las obras que podían formar parte de las Bibliotecas Populares, creadas entonces, y Luis se dirigía a él en nombre propio y en el de su madre y su hermana para rogarle que propusiera a la Junta, si lo creía oportuno, la adquisición para esas bibliotecas de las obras de «mi bueno e inolvidable padre y excelente amigo de V., de cuya bondad y mérito no hemos de hablar nosotros». Para orientar a don Marcelino, cuya erudición acaso no lo necesitase, le enviaba «un prospecto» de la última edición de la *Historia de la guerra de la Independencia*, en cuyo final se relacionaban las demás obras de su autor. No sabemos el resultado de la gestión, en la que se ponía en un aprieto al presidente de la Junta, pues no se avenía muy bien el contenido de las obras del general Arteche con el carácter popular de las bibliotecas, aunque quizá se aceptasen las dos últimas citadas, de tema más ligero y general.

No es mucho, pues, lo que hemos encontrado sobre la relación de Menéndez Pelayo con los militares de su tiempo, pero sí es suficiente para comprobar y demostrar una mutua corriente de simpatía y colaboración, de confianza del maestro en el saber histórico de los escritores

militares y en su generosidad y desprendimiento para cooperar en la mejora de ediciones posteriores de sus obras. Los seis corresponsales encontrados constituyen sólo un ejemplo de otros muchos olvidados, y sus catorce cartas, son ligera muestra de tantas como estarán perdidas o ignoradas.

Si se conservasen los epistolarios de esos seis corresponsales y de otros militares ignorados, tal vez encontrásemos en ellos algo de mucho interés: la ampliación de los temas comunes, a la vez que el trato, la admiración, y acaso la amistad íntima de Menéndez Pelayo con algunos de ellos. Por desgracia no los he localizado hasta ahora, ni parece que don Marcelino conservase borradores ni copias de sus cartas. Quizá este artículo llegue a noticia de los familiares de aquéllos y les estimule a investigar en sus archivos privados.

Afortunadamente la suerte me ha deparado el texto de la conferencia del coronel de artillería don Eduardo Oliver Copóns (49), en la que re-

(49) *Recuerdos de Menéndez Pelayo*. Conferencia en el Ateneo de Vitoria el 31 de marzo de 1913. Editada en Vitoria, 1913. Imp. Hijos de Egaña, 24 páginas.

Eduardo de Oliver Copóns y Fernández Villamil (1855-1931) destacó por sus trabajos técnicos, profesionales, históricos y literarios. Promovido a segundo teniente de artillería en 1874, ascendió a teniente cuatro años después, pero ya de cadete se iniciaron sus aficiones literarias al escribir en *El Fotogénico*, un periódico ocasional de la Academia de Segovia. De 1880 a 1922 fue redactor y colaborador de *Memorial de Artillería*. En 1893 experimentó en Monjuich la *oxiliquita*, un nuevo explosivo. Ascendió a coronel en 1911 y se retiró en Valladolid el 9 de junio de 1917, publicando el *Memorial* su discurso de despedida en el homenaje que le ofrecieron sus compañeros de guarnición. Entonces se premiaron sus estudios con la gran cruz del mérito militar, rara vez concedida a coroneles, y en 1920 se añadió a esta recompensa el ascenso a general honorífico. Donó al Museo de Artillería (hoy del Ejército) una colección de retratos de artilleros ilustres. Allí fue a parar el suyo, un óleo de 83 por 100 centímetros, pintado por González Manso entre 1920 y 1931, puesto que viste uniforme de general y que fue donado el 29 de abril de 1933 por un «familiar suyo», Julián Ruiz, al entonces Museo de Artillería. De allí pasó a la Academia de Artillería y hoy se encuentra en el Alcázar de Segovia. La falta del segundo apellido de éste ha hecho infructuoso el intento de datos testimoniales. Se sabe que prestó servicios en Burgos y Segovia, donde escribió sus más importantes obras y, sobre todo en Valladolid, allí murió soltero, después de permanecer en la plaza desde 1917 a 1931, siendo ya famoso.

Sus estudios se han calificado de concienzudos, pero además tenía un estilo ágil y natural. Entre sus obras histórico-geográficas destacan, la primera, *Conquista y anexión de Navarra* (Burgos, 1888, 1331 págs.); *El Castillo de Burgos* (Barcelona, 1893, 228 páginas, con bellas láminas y viñetas), obra muy elogiada por la Academia de la Historia; *Impresiones de una marcha por el Valle de Benasque y los Pirineos* (*Memorial de Artillería*, 1897, 84 págs.), traducida al francés dos años después; *El Alcázar de Segovia* (Valladolid, 1916, 468 págs., con láminas y apéndices), su obra más ambiciosa. De crítica artística publicó con muy buen juicio, *La pintura militar en la Exposición Nacional de 1890* (*Memorial de Artillería*, 1890, 10 págs.). Sus temas artilleros son abundantes: *El Museo de Artillería* y *La casa de Velarde* (artículos breves en M. A. 1894); *La Artillería* (M. A. 1897, 70 págs.); *Los artilleros en la guerra con los Estados Unidos* (M. A. 1898, 30 págs.); *Nuestras Fábricas: Toledo, Granada, Oviedo* (M. A. 1897, 1898, 1900, 90 págs. en total); *El aire líquido: Un nuevo explosivo* (M. A., 1899); *Necrologías de los generales Tomás de Reyna, Francisco Ferrer y Eduardo Verdes Montenegro* (M. A., 1896 y 1899, 102 págs. en total), que constituyen otras tantas biografías breves. Su último artículo en el *Memorial de Artillería* corresponde al número 119 de la revista, págs. 611, de 1922.

fiere directamente su conversación con Menéndez Pelayo, y algunas frases textuales que por su admiración hacia él se le grabaron firmemente en la memoria. De una pieza así merecen recogerse con amplitud los párrafos concretos que aluden a nuestro tema. Decía el coronel Oliver Copóns, en el Ateneo de Vitoria, el 31 de marzo de 1913, con motivo de la sesión homenaje a Menéndez Pelayo:

«Yo debería tratar de Menéndez Pelayo en el aspecto militar, pero por mucho que rebusque no habré de encontrar en verdad materia en qué apoyarme, aunque según el uso del día y los equívocos del lenguaje moderno se le puede tachar de militarista, únicamente por ser ardoroso patriota y, por tanto, entusiasta del Ejército. De muy antiguo adquirí este convencimiento y trataré de fundamentarlo, evocando algunos recuerdos que, mezclados a ligeras impresiones, constituirán las breves palabras que le dedico.

»Corría el año 1879, cuando tuve la suerte de hablar por primera vez con Menéndez Pelayo. Estaba yo en los comienzos de mi carrera militar y sentía aquellos fervidos entusiasmos e ilusiones que impulsan a engalanar con todas las perfecciones la profesión libérrimamente escogida.

»Comprenderéis, por tanto, la agradable impresión que me causó cuando a poco de empezar nuestra conversación expresó el sincero culto que rendía al Ejército. Tratábamos de mi afición naciente a los estudios históricos, en los que él, no obstante sus pocos años, era ya maestro, y al alentarme a proseguirlos me decía:

El estudio de la Historia tiene una importancia de la que no todos se dan clara cuenta. La Historia es la realidad, y la realidad de nuestro pasado, como toda realidad humana, nos ofrece el oro junto a la escoria, pero afortunadamente abunda más el primero que la segunda, y por eso sobre ser tan útiles sus enseñanzas, resultan soberanamente gratas.

»Entonó un cántico a la España de los siglos xv y xvi, y vino a decir:

¿Cómo no amar con sinceridad y legítimo orgullo al Ejército, eje y sostén del edificio de nuestro inmenso poder entonces, y que cubierto de gloria paseó por todos los continentes la bandera patria abrumada de laureles, haciendo respetado y temido el nombre de España y motivando que ésta saborease el placer de inúmeros triunfos y el disfrute de cuantiosos territorios?

»Entonces oí a Menéndez Pelayo aquella expresión notable —después consignada en una de sus obras— de que el pueblo español de los siglos xvi y xvii constituía una raza de «teólogos armados» y que de ello derivaba cuanta grandeza nos atrajeron militares y eclesiásticos, que una cosa u otra eran la mayor parte de nuestros estadistas y escritores. Servían a la Patria honrándola con el fruto de su inteligencia y la defendían con el vigor de su brazo. El fuego de la juventud y del patriotismo que ardía

en el pecho de Menéndez Pelayo, iluminaba su fisonomía dulce, expresiva y de ojos movibles y escrutadores, caldeando con viriles alientos sus palabras.

»Pasaron los años, y aunque por azares de mi carrera nos véamos poco, estuvimos en correspondencia, no tan frecuente como para mi regalo y enseñanza hubiera deseado, pero sí lo que permitía la labor asidua a que él se entregaba y el poco tiempo que a mí me dejaba el servicio activo, que nunca abandoné. No obstante, en cuanto encontraba ocasión, acudía al insigne maestro en busca de consejo, y él me animaba a perseverar en mis trabajos sobre historia militar, «tan descuidada como necesaria», me decía, alentándome con la benevolencia del que mucho sabe.

»En mis frecuentes viajes a la Corte, le veía siempre y encontraba en él, el mismo hombre de ciencia depurada y saber profundo, de exquisita delicadeza de espíritu, de bondad extrema, de fervoroso culto a la Patria y al Ejército. En uno e ellos, por septiembre de 1909 sostuvimos larga y sabrosa conversación. Hablando de la guerra de Melilla me decía:

No sabe usted la admiración que siento, cada vez mayor, por esos pobres, sufridos y heroicos soldados, que lejos de su hogar, en la atmósfera de hostilidad e ingratitud que hacia ellos se forma por la propaganda de malos españoles —dentro y, lo que es peor, fuera de casa—, permanecen serenos, altivos, abnegados; luchan y no desmayan en los reveses, ni se ensobrecen con los triunfos para arrojar al rostro de sus cobardes detractores, que les odian porque odian a la patria... El espectáculo es de gran sublimidad y si mi quebrantada salud me da tregua, he de hacer una estudio del alma del soldado español, desde aquel rudimentario de los albores de la unidad de la patria, hasta el de los tiempos modernos, en que se le han quitado prestigios y cercenado derechos, amargándole con inicuas desconfianzas, pero no han podido arrebatarle intrínsecas y nobles cualidades que le hacen único en el mundo.

»Volví otra vez a verle en mayo de 1911. La enfermedad había hecho ya completa presa en aquel cuerpo macerado por la tenaz labor intelectual y las vigiliass... Hablamos, como siempre, de arte, de historia, de literatura, y nuevamente ensalzó con calor al Ejército y lamentó las innobles campañas que contra él se hacían, calificándolas de suicidas para el país, con estas palabras casi exactas:

Unos son conscientes, y aun cuando saben el daño que hacen, les conviene para sus fines. Pero los cándidos, los apáticos, los inconscientes, ¿qué se proponen?... es inexplicable que se dejen arrastrar por ciertas teorías, sin ver que destruido el baluarte más firme de la nación, ésta quedará indefensa y entonces sucumbirá, con poco trabajo de sus enemigos.

»Fue por entonces cuando se refirió al problema de Marruecos, concediéndole enorme importancia y opinando que sólo por las armas podría resolverse, según el párrafo textual que anticipamos, lamentando que Oliver Copóns no apurase el recuerdo de aquellas últimas frases de Menéndez Pelayo alusivas al Ejército, seguramente las últimas que le dedicó. El orador terminaba con aquella síntesis final»:

Patriota de corazón, Menéndez Pelayo era antes que nada español y soñaba con un nuevo reverdecimiento de nuestra influencia y nuestros triunfos guerreros, con futuras glorias que devolvieran a nuestro escudo todos los prestigios oscurecidos, todos los blasones destrozados por glacial indiferencia.

En su amplio índice onomástico no recoge Enrique Sánchez Reyes ningún militar contemporáneo de Menéndez Pelayo, cuando su biografía del maestro es la mejor que conocemos; ni siquiera cita alguno de los que entonces frecuentarían la Biblioteca Nacional, o de los que compartiesen sus tareas académicas de la Historia o esporádicas tertulias santanderinas o madrileñas. Tampoco Miguel Artigas en la biografía de quien fue su maestro, íntimo amigo y predecesor de la Biblioteca Nacional, cita ningún militar como contertulio de don Marcelino. Una sola nota encontramos en el primero de estos biógrafos, referida a los últimos días de Menéndez Pelayo, que alude indirectamente y sin juicio personal alguno al disgusto que más a pechos tomó el maestro, de los muchos que a última hora recibió. Era por la derrota de Ramón Menéndez Pidal, el 31 de marzo de 1911, en la propuesta para ocupar la vacante como miembro de número en la Academia de la Historia, que se concedió al general Polavieja. Los periódicos, confundiendo las cosas daban la noticia de que Menéndez Pelayo había sido derrotado por el general Polavieja en las elecciones para la Dirección de la Academia de la Historia, motivo por el cual se inició una nueva campaña de prensa contra el maestro. En el fondo había algo de verdad, al menos así lo suponía anticipadamente don Marcelino en su carta del 24 de febrero de 1911 al conde de la Viñaza, suplicándole que viniese a votar desde San Petesburgo, en cuya embajada se encontraba. Sánchez Reyes recoge el amargo reproche de su carta:

El fin único de esta conjura... es meter en la Academia al general Polavieja para echarme de la Dirección y hacer inútiles los buenos deseos que siempre he tenido de traer a este Cuerpo elementos verdaderamente científicos (50).

Lo cual significaba que no tenía por tal a Polavieja, pero ello no decía nada en contra del general ni de los militares.

No podía significarlo, pues si Oliver Copóns nos ofrecía sus últimos

(50) ENRIQUE SÁNCHEZ REYES: *Don Marcelino. Biografía del último de nuestros humanistas*. Edit. C.S.I.C., Madrid, 1956, pág. 310.

pensamientos y juicios sobre el Ejército, los dos biógrafos más eruditos nos recuerdan que su primera obra literaria, escrita a los catorce años de edad, fue precisamente un poema heroico en cuatro cantos y en octavas reales, titulado «Don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja». Lo comenzó el 15 de marzo de 1871, pero cuando más se entregó a él fue en los primeros meses del curso en Barcelona, donde lo llevaba ya muy adelantado porque se pasó escribiéndolo todo aquel verano. Cuando lo concluía, el 12 de septiembre de aquel mismo año, aún le faltaban dos meses para cumplir los quince. Lo llevaba siempre enrollado, sin soltarlo de la mano, de la Universidad a la Biblioteca y de ella al hotel o a casa de don Joaquín Rubio, que se había prestado a oírlo y corregirlo. Lo alabó José María de Pereda que lo oía en casa de los Menéndez leído por el muchacho. El padre le sirvió de amanuense y le hizo por lo menos un par de copias. En la portada, de puño y letra de don Marcelino, se leía: «Obras de Marcelino Menéndez Pelayo». El asunto está tomado principalmente de *Las guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, pero el texto confirma que su documentación es tan ambiciosa como la deseable para cualquier monografía de pura Historia, no faltando ninguna de las obras clave sobre el tema, como la de Diego Hurtado de Mendoza y otra media docena de ellas. El joven autor hacía un estudio bibliográfico inicial, demostrando la fidelidad de su poema a la investigación histórica, aunque se iniciaba llevando como lema los versos del romance:

*río verde, río verde,
tinto vas en sangre mora.*

Nos informa Artigas de que la publicación de este poema heroico fue la gran ilusión del joven Menéndez Pelayo. Fracasada o no intentada la edición de este primer tomo de *Obras*, trató después de que lo publicara Galdós en alguna revista madrileña. En carta de Galdós al tío de Menéndez Pelayo, don Baldomero, en 1872, le prometía publicarlo pronto, «aunque algo mutilado por no permitir otra cosa las dimensiones de la composición». Pero el autor no aceptó mutilaciones y sólo se pudo saborear el poema en una velada literaria donde lo leyó el joven Marcelino el 18 de octubre de 1871, aún sin cumplir los quince años. Hizo reseña de aquella lectura don Víctor Ocariz, profesor de retórica y poética en el Instituto de Santader, y de ella decía en el periódico:

Joven de catorce años, de talento precoz, lleno de premios y lumbrera de la juventud escolar de este Instituto... La composición tiene un sabor clásico legítimo, una elevación homérica, la propiedad de la frase, la selecta erudición, la cadencia del metro y otras bellezas literarias, cuya enumeración requiere un análisis especial y detenido... (51).

(51) MIGUEL ARTIGAS: *La vida y la obra de Menéndez Pelayo*. Edit. Heraldo de Aragón. Zaragoza, 1931, pág. 28.

Años después —seguramente el verano de 1875—, pasada aquella ilusión primera, Menéndez Pelayo debió temer que alguien, tal vez su mismo padre, publicase el poema, del que ya no estaría tan satisfecho, pese a todo, y puso en la cubierta una advertencia autógrafa: «Prohibido que se dé a conocer de este poema más que el título.» Pudo leerlo Miguel Artigas y respetó la voluntad del autor, no dando de él más que un juicio en la biografía que publicó en 1939: «Las octavas reales son notables y tienen una entonación valiente y levantada.» No opinó lo mismo en cuanto a la reserva su otro biógrafo, Sánchez Reyes, y lo dio a conocer en el «Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo» (52), donde tenemos esta primera muestra literaria de don Marcelino, que es precisamente en actitud bélico-heroica y «con entonación valiente y levantada», a los catorce años.

Dos biógrafos, Antón del Olmet y García Carraffa, mostraban la otra cara de Menéndez Pelayo en su pensamiento militar. Tenía treinta años cuando al publicar la tercera edición de *La ciencia española* decía así el 28 de abril de 1887:

Yo peleaba por una idea; jamás he peleado contra una persona, ni he ofendido a sabiendas a nadie (53).

Con lo que demostraba su ideal de ser un luchador pacífico. Ya hemos visto que hasta el final de su vida mantuvo esta actitud, pacífica, aunque no pacifista, tal como hoy se la entiende, comprendiendo y admirando al militar en su profesión, tanto como preocupado por la dignidad de la Patria y del Ejército que ha de sostenerla.

(52) MENÉNDEZ PELAYO: *Don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja*. «Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo», año 1954, núms. 1 y 2, págs. 5 y ss., y en vol. I de *Poesías de las Obras Completas*. Ed. C.S.I.C. (Nacional), pág. 227.

(53) LUIS ANTÓN DEL OLMET y ARTURO GARCÍA CARRAFFA: *Menéndez Pelayo*. Madrid. Imprenta Pueyo, 1913, pág. 207.